



# LA IZQUIERDA ESPAÑOLA ANTE LAS TENSIONES SECESIONISTAS

*Andrés DE BLAS GUERRERO*

**Cada vez que los nacionalistas periféricos deciden hacer un envite al Estado en el campo político de su especialidad, se plantea fatalmente entre el resto de los demócratas españoles el debate acerca del tratamiento adecuado a ese envite. Si en la respuesta se explicitan actitudes contrarias a las pretensiones de los nacionalismos periféricos, no faltarán las voces que subrayen el riesgo de echar leña al fuego. Y finalmente, no lo dude el lector, a alguien se le ocurrirá que el auténtico problema no ha estado en la apuesta, sino en el hecho de haberle dado una contestación.**

**P**uede decirse que, desde la perspectiva de la izquierda española, se han ensayado ya —en los noventa años que llevamos de siglo y de problema— todas las actitudes posibles ante las estrategias de los nacionalismos periféricos. El primer objetivo de estas líneas es pasar revista a las más significativas de esas

actitudes. Pero este despliegue argumental está lejos de haber generado un consenso que permita iluminar nuestras conciencias acerca de lo que es funcional y prudente hacer en circunstancias como la creada por la propuesta autodeterminante de finales de 1989. Y sobre ello quería decir algo en la segunda parte de este artículo.



---

*El «síndrome Salmerón»  
vendría a ser una variante del  
filonacionalismo periférico que  
dominó a la izquierda en el  
franquismo y la transición.*

---

**El «síndrome Salmerón»**

El «síndrome Salmerón» vendría a ser una variante ponderada y medida del filonacionalismo periférico que dominó a la izquierda española a lo largo de la oposición al franquismo y en los primeros momentos de la transición. Tiene su expresión histórica en aquel singular movimiento que fue la Solidaridad Catalana. En sustancia, el síndrome reflejaría el deseo de la izquierda de asumir el aliento popular perceptible en las conmociones nacionalistas, catalanista en este caso, incluso a sabiendas de que el precio a pagar por ello podía ser el de dejar en manos del nacionalismo periférico la dirección, orientación y rentabilidad última de la protesta. La respetabilidad social que acompaña a esta actitud, aquel gusto que sentía D. Nicolás entre las gentes de orden del catalanismo en contraste con la plebeyez dominante en los debates de la Unión Republicana, es otro síntoma a considerar a la hora de concretar los perfiles del síndrome. Abrazarse ante las multitudes, aunque sea con los prohombres del carlismo, tiene un atractivo mayor que hacer frente a las pasiones de un nacionalismo dispuesto a descalificar moralmente a quien cometa la osadía de discrepar en relación a unas tesis políticas consideradas de pura evidencia para cualquier intelecto no nublado por el vicio o la maldad. Si la discrepancia se produce desde dentro, lo que no era el caso de Salmerón pero sí del republicanismo catalán, a la descalificación acompaña la denuncia de la extrañeza a la catalanidad

propia del forastero o el traidor. Demasiada presión para resistir el síndrome en cuestión.

Aquella operación de Solidaridad Catalana fue un desastre para el republicanismo que había hecho del nacionalismo liberal español uno de sus componentes ideológicos fundamentales. El movimiento republicano catalán, tal como había quedado perfilado al doblar el siglo, ya no conseguirá recuperar su coherencia, y el pleito en torno a la Solidaridad dividirá al conjunto de los demócratas españoles. Pero el catalanismo político, de la mano y bajo el impulso de la izquierda española no catalanista, alcanzará un asentamiento popular que ya nunca perderá a lo largo de nuestro siglo.

Puede ser reconfortante seguir siendo un Salmerón en la política española actual, sentirse parte de ese reducido pero selecto club de insignes españoles (debe reconocerse a Cambó la idea del club), capaces de trascender la vulgaridad de un sentido españolista de base popular en favor de un sentimiento catalanista o vasquista con más distinguidos soportes sociales. La tentación es particularmente aguda en el caso del intelectual. Hablar mal de España, hacer caricatura de su historia, reducir a filofascismo cuanto suponga un sentido de lealtad al Estado y la nación de los españoles, no solamente se entenderá compatible con la más exquisita de las sensibilidades democráticas, sino que puede aportar una certeza de europeísmo, modernidad y solera a esa sensibilidad. En cambio, una actitud crítica respecto a los nacionalismos periféricos, aunque se realice con simpatía hacia el País Vasco y Cataluña, solamente puede ser motivo de sospechas. La sospecha de ser un renegado si la crítica es realizada por vascos o catalanes, la sospecha de «españolazo» si son otros españoles quienes la plantean. Y en todo caso, la sospecha genérica de ser el crítico un conservador apenas dis-



frazado o un mero beneficiado de esa rueda de fortuna y corrupción que mueven los poderes del Estado. Demasiadas incomodidades para renunciar a un papel intelectual o político que puede comprarse barato y que permite alcanzar, en el peor de los casos, el nunca desdeñable espacio de moderador y componedor en relación a una batalla intelectual y política poco agradable.

### **La izquierda españolista**

Decía antes que la apuesta en favor de un nacionalismo liberal español ha sido una constante en nuestro republicanismo. Las actitudes de la izquierda, con anterioridad y posterioridad al desastre finisecular, han estado caracterizadas por el interés en un nacionalismo de signo democrático, en el convencimiento de que el proyecto regenerador, europeísta y modernizador no solamente encajaba con una compleja tradición política española, sino que tenía en una ponderada llamada al nacionalismo español uno de los instrumentos más eficaces para su puesta en práctica.

El grueso de la izquierda española fue fiel al discurso nacionalista español tanto por razones tácticas como por elemental coherencia con su cultura política y su experiencia histórica. heredera del liberalismo, heredera en última instancia de la tradición ilustrada, la izquierda no podía regatear el reconocimiento de unos expedientes ideológicos que no solamente resultaban indispensables para la conquista del poder, sino que lo eran aún más para asegurar el buen funcionamiento del deseado Estado democrático. Se podía discutir el modelo de organización territorial del Estado y se podía defender el federalismo como resultado de una lógica democrática. Pero lo que no discute la izquierda española hasta fecha muy avanzada es la realidad y el significado de una nación

española. Posibilismo castelariano, radicalismo de Ruiz Zorrilla, hasta el federalismo de Pi y Margall, son coincidentes en este punto. La tradición progresista (Esquerdo, Lerroux, Sol y Ortega), el reformismo (M. Alvarez, G. de Azcárate), los posteriores dinamizadores del republicanismo (Albornoz, Azaña) y el grueso de la inteligencia que acompañó de forma más o menos próxima al movimiento republicano (Costa y buena parte del regeneracionismo, Ortega, Unamuno, Pérez de Ayala, Marañón, Araquistain, etc.) se mantendrán en la misma línea. Apenas hay otra quiebra en ella que la aventura de Solidaridad Catalana, algunas divisiones dentro del federalismo, los excesos de un oportunismo anti-monárquico, y las actitudes de un republicanismo catalán dispuesto a transformarse en catalanismo republicano. Y dentro del socialismo español, un difuso patriotismo liberal es quizás el hilo que permite unir el discurso de P. Iglesias con los posteriores discursos a izquierda y derecha del PSOE anterior a la guerra civil (I. Prieto, J. Besteiro, F. de los Ríos, F. Largo Caballero).

Sin otro antecedente que añadir a las modestas desviaciones señaladas que las del comunismo español, capaz de pasar de las actitudes filonacionalistas de signo periférico en los años republicanos al extremo discurso nacionalista español de la guerra civil, lo cierto es que el grueso de la izquierda española tenderá a una revisión de su interpretación del problema nacional como consecuencia del exilio, la

---

***La izquierda fue fiel al discurso nacionalista por razones tácticas y por elemental coherencia con su cultura política y su experiencia histórica.***

---



dinámica de la oposición al franquismo y los primeros momentos de la transición. Se produce así la paradoja de que la más rodada y experimentada de las visiones históricas de la izquierda española en relación a la cuestión tienda a convertirse en la menos común de las respuestas que esa izquierda ha ensayado en los últimos años.

### **La izquierda radical**

La visión de la cuestión por parte de la izquierda radical es la más llamativa y conocida de las generadas por el conjunto de nuestra izquierda a partir de los cincuenta, y puede decirse de ella que ha constituido la pauta dominante, desde los últimos años del franquismo, dentro de la opinión progresista del país. No quisiera ocuparme demasiado de ella; tiene su origen en el tacticismo comunista (Lenin y Stalin), se alimenta de la reacción al nacionalismo hiperconservador del franquismo, se rejuvenece con el influjo tercermundista (descolonización, Fanon, Argelia) y alcanza su momento de mayor intensidad a favor del florecimiento de la nueva izquierda europea y de la capacidad de movilización de masas (y de fuerza) de los nacionalismos vasco y catalán. A partir de la restauración de la democracia se apaga el fuego de la izquierda radical, pero el rescoldo es suficiente para calentar la pereza intelectual y política de quienes se asomaron a la política democrática cuando las llamas de aquel fuego

---

***La visión de la izquierda radical ha constituido la pauta dominante, desde el último franquismo, dentro de la opinión progresista del país.***

---

estaban todavía vivas. El cruce de viejas actitudes anarquizantes con la sesudez, gravedad y relativismo moral que algunos aprendieron como lección única de la socialización política en el marxismo, se ajusta bien a una actitud de filonacionalismo periférico y de crítica al Estado y la nación de los españoles. De los segundos se creyó saber que eran la última trincheira del poder oligárquico y reaccionario. De los nacionalismos periféricos, el grueso de esta izquierda no llegó a saber casi nada. Suficiente todo ello para que adoptara una firme posición ante el tema, posición que, aunque solamente sea por razones de inercia, sigue pesando en la izquierda española.

Estoy dispuesto a reconocer que este resumen de urgencia no es solamente simplista, sino que tiene rasgos maniqueos. No me resulta simpática la actitud de los solidarios no catalanistas, pero debe reconocerse que su política pudo de alguna manera hacer más próximo el catalanismo de izquierdas a los intereses progresistas españoles. Aunque solamente sea por las mil y una denuncias de lerruxismo que jalonan la política izquierdista de los sesenta y setenta, reconozco una contenida atracción por Lerroux y su radicalismo. Algunos de los estudios más rigurosos sobre este tema (Romero Maura, Alvarez Junco, Ruiz Manjón) no hacen sino confirmarse en esta actitud; con todo, no se pueden ignorar las sombras de aventurerismo y demagogia que pesan sobre este movimiento político.

Los radicales, del mismo modo que otros republicanos anti-solidarios, los reformistas y el republicanismo de centro-izquierda de los veinte y los treinta, practicaron la congruencia de permanecer fieles a un nacionalismo progresista español que está en la raíz de la democracia española. Pero tampoco puede negarse que, pese a los esfuerzos de G. de Azcárate, de Azaña, del propio M. Alvarez, es posible que no siempre pudieran calibrar lo que había de



justo y de funcional para el Estado en las pretensiones culturales de nacionalistas vascos y catalanes. En sentido opuesto, tampoco puede ignorarse lo desafortunado de un sentimiento anti-monárquico capaz de asumir las más desmedidas pretensiones del catalanismo radical por el mero hecho de causar daño al régimen imperante (Araquistain y Azaña a finales de los veinte son representantes cualificados de esta actitud). Solamente en el caso de la izquierda radical de los sesenta y los setenta cuesta encontrar contribuciones positivas para el encauzamiento democrático del problema nacional-regional español. Puede, al fin, que una actitud generosa, por ingenua e irresponsable que pudiera ser, deba ser anotada en el activo de estas fuerzas políticas en relación al problema que nos ocupa.

### **Hacia una respuesta común**

Toda la izquierda española, cualesquiera que sean sus orígenes en la visión del problema nacional-regional, está de acuerdo hoy en la necesidad de mantener el avanzado reparto vertical del poder que supone el Estado de las Autonomías. Este consenso se rompe, sin embargo, cuando el nacionalismo periférico parece querer desbordar el marco de lo pactado en la Constitución y los estatutos de autonomía, amenazando las reglas de juego en punto tan significativo como es la matizada unidad del Estado consagrada por la presente fórmula autonómica y el proceso de integración europea.

La cuestión de la autodeterminación solamente es un tema serio en tanto abra la puerta a la secesión. Todo lo demás es literatura, chalaneo inaceptable cara a otros objetivos o ganas de agitar las calles y las conciencias. Es muy difícil que quienes somos leales al Estado democrático podamos admitir la amenaza a su integridad, sacrificando los derechos y los buenos

---

*Es muy difícil que quienes somos leales al Estado democrático admitamos la amenaza a su integridad, sacrificando los derechos y argumentos democráticos que tiene España.*

---

argumentos democráticos que España, entendida como el conjunto de los españoles, tiene en su mano. La desmembración de un Estado secular no es algo que pueda producirse casi por sorpresa, como consecuencia de unos años difíciles que al fin son un episodio en una larga y compleja historia. Si se me permite la concesión retórica, podría decirse —en el eco de las palabras de Cánovas— que los españoles hemos restablecido la democracia para continuar la historia de España, llevándola hacia las más altas cotas posibles de prosperidad y libertad. No para poner funto final a esa historia. Somos muchos los demócratas que estamos firmemente convencidos de la ausencia de argumentos de peso que puedan amparar la ruptura del Estado y la puesta en cuestión del sistema democrático. Y no podemos aceptar que el voluntarismo irresponsable de los unos y los otros ponga periódicamente en juego los fundamentos mismos de un orden político libremente asumido.

Una de las grandes cuestiones a clarificar es qué política debemos seguir con los nacionalismos periféricos cara a la defensa de nuestros legítimos, sensatos y democráticos puntos de vista. En alguna ocasión decía E. Renan que toda nación se fundamenta, entre otras cosas, en la capacidad de olvidar. De acuerdo; tan de acuerdo en esto como en que el silencio y el tiempo curan problemas políticos en principio irresolubles. No parece seguro, sin embargo, que olvido y silencio sean las únicas medicinas adecuadas al caso. La receta orteguiana de «conllevar» a los



nacionalismos periféricos es buena, pero no tiene una validez universal. Contra el criterio de los salmeronianos de hoy, contra la opinión de los restos de una izquierda radical, sospecho que es el momento de que la izquierda democrática practique con los nacionalismos periféricos la cortesía de la claridad. Tengo la impresión de que entre el tacticismo de los unos y de los otros, podemos hacer el tema más complicado de lo que ya es. Resulta por ello indispensable plantear a la opinión española, empezando por la vasca y catalana, lo que pensamos al respecto, lo que está en juego en este tema y lo que queremos y podemos hacer ante él.

Resumiendo, entiendo que la izquierda debe perder los miedos a confesar su mode-

rado patriotismo español de signo liberal, el tipo de patriotismo que mayoritariamente ha practicado en el pasado. Con el necesario complemento europeísta y la sincera asunción del modelo de Estado autonómico, es posible que una explícita política de lealtad al Estado y la nación de los españoles pueda hacer más por el entendimiento con los nacionalismos vasco y catalán que toda la confusión filonacionalista de sabor periférico derrochada en estos años. Aunque no sea sino por las malas consecuencias que la confusión suele arrastrar en política, puede ser positivo aparcar equívocos y disimulos, y tener algo más de confianza en el diálogo abierto y sincero entre demócratas que mantenemos opiniones encontradas en torno a la realidad nacional de España.